



Historias de Olmo
ROLANDO
SÁNCHEZ MEJÍAS

Siruela

Rolando Sánchez Mejías

Historias de Olmo

En cubierta: detalle de una fotografía
de Ralph Gibson de su serie *Infanta* (1971 – 1998).
© Foto: Ralph Gibson, Nueva York 1999
Colección dirigida por Ofelia Grande y Silvia Meucci
Diseño gráfico: G. Gauger & J. Siruela
© Rolando Sánchez Mejías, 2001
© Ediciones Siruela, S. A., 2001

Noticia de Olmo

El año pasado volví a ver a Olmo. O creí verlo. Me probaba una corbata en El Corte Inglés y en el espejo surgió una figura olmesca. Cuando me volví, la figura había desaparecido. Había desaparecido entre un grupo de señoras que miraban despreocupadamente trajes de hombre.

Hace unos años, recién llegado yo de Cuba, conocí a Olmo en el café Zúrich. A mí no me gustaba ese café pero un amigo me había dicho: «Vamos, para que conozcas a un compatriota».

La palabra compatriota me dejó estupefacto. Además de que no me gustaba el término, menos me gustaba encontrarme con los compatriotas de carne y hueso. Había tenido con ellos experiencias poco agradables en Barcelona. Recuerdo en especial el piso que compartí con un músico. En Cuba fuimos alumnos en la misma escuela tecnológica, nunca cruzamos una palabra (nos aborrecimos a primera vista), y ahora nos encontrábamos de nuevo. En Barcelona él tocaba las pailas en una orquestica de salsa y por las tardes ensayaba. Por las mañanas dormía y por las tardes ensayaba. Yo escribía mis cuentos de madrugada y trabajaba corrigiendo fotolitos por las mañanas y dormía —más exacto, trataba de dormir— por las tardes. Así, la vida.

Las pailas. Las pailas empezaban a sonar a las 2 de la tarde y sonaban ininterrumpidamente hasta las 6 de la tarde; entonces mi compatriota se iba al baño, cantaba bajo la

ducha y se peinaba con gel hasta lograr el emplasto ideal. Me decía, señalando el emplasto (ya yo había abierto un ojo, un ojo rojo y compulsivo pero finalmente inútil):

—Brother, ¿me queda bien?

También me acuerdo de Hortensio, otro emigrado. Hortensio era de Santiago de Cuba y aún después de cinco años en Barcelona no había perdido el acento pegajoso que me traía tan malos recuerdos. Me lo topaba a menudo en el Barrio Gótico. Lo veía aterrizar por alguna callejuela, despeinado, los pómulos grandes y un bulto de manuscritos bajo el brazo.

—Ven para que leas mi último cuento —y me arrastraba hasta el café más cercano, pedía tres croissants, dos cafés con leche y un pan con mantequilla para llevarse. Pagaba yo. Él siempre olvidaba el dinero o no lo tenía, aseguraba palpándose los bolsillos. Recuerdo uno de sus cuentos. Un hombre había ido a buscar a un cerdo que se le había escapado de su apartamento. El cuento consistía en la persecución del cerdo. La persecución se desarrollaba en la calle San Lázaro y en algunas calles aledañas de centro Habana. El cerdo, después de innumerables vaivenes, había logrado llegar al malecón y se había tirado al agua. Aquí le dije a Hortensio:

—Nunca he visto un cerdo que se tire al agua.

—Yo sí —afirmaba Hortensio—. Yo sí lo vi —y mordía un croissant, desperdigando las películas de harina que volaron a mi rostro.

Un verano y otro no componen un tercer verano. Tampoco se dilatan en el tiempo como uno quisiera produciendo la idea de un verano eterno, intemporal, inmóvil, como los veranos cubanos. El aire caliente, el chirrido del ventilador, los klínex secando la frente... ¿De quién? De Olmo, nuestro segundo encuentro en Barcelona. Abro la puerta de la oficina de la redacción y allí estaba él, limpiándose la nariz:

Él:

—¿Por qué no toca antes de entrar?

Yo:

—Pensé que...

Él:

—Los cubanos siempre estamos pensando mal. Un pensamiento conduce a otro peor. Siempre fue así, desde la Colonia.

La mesa: llena de papelitos de caramelos, libros amontonados, un jarrón con flores secas. Olmo estruja los papelitos de caramelos y los tira por la ventana.

Dije:

—Traigo un cuento para la revista. Un cuento corto.

Él (mirándome aburrido):

—¿Corto? ¿Cuán corto es?

—Treinta líneas. Dos espacios.

Él (meneando la cabeza):

—No es lo suficientemente corto. Yo de usted me iba y lo reducía. Son mejores las cabezas reducidas que las originales. ¿Me lo enseña?

Le di el cuento. Leyó en zigzag como hacía Lenin y sólo le bastó un par de segundos.

—Una mierda —dijo.

Yo:

—¿A qué se refiere?

—A su cuento. No sirve. Yo de usted lo tiraba.

Lo apretó con el puño y lo tiró a la papelera. Corrí a la papelera, salvé mi cuento y puse cara agresiva.

Dijo:

—Veo que defiende su cuento. Me gusta eso. La mayoría los deja en el cesto. Los peores los tiro por la ventana.

Me invitó a tomar un café. Caminamos un rato, él con las manos en los bolsillos, yo tratando de convencerlo de que el tiempo sí existía.

—No existe —gruñía él—. Que usted y yo nos veamos mañana no explica que nos hayamos visto hoy. Que el sol salga hoy no asegura que salga mañana. Lea a Wittgens-

tein. Léame a mí —y me dio un manuscrito de su propia cosecha, ajado, ligero, apenas cogido con una presilla oxidada.

Al día siguiente nos vimos, acudí con la ferviente idea de demostrarle que de algún modo el encuentro de hoy se sustentaba en el de ayer. Yo había robado una copita color ámbar del Zúrich, donde finalizamos la tarde discutiendo de literatura cubana (Olmo sostenía que la literatura cubana no existía porque carecía de pasado¹), y ahora yo había acudido a la cita con la firme idea de demostrarle que si la literatura cubana no existía, al menos el tiempo sí existía, y para sustentar mi aseveración llevaba la copita en un bolsillo de la americana. Pero la copita se rompió, hizo crack cuando, al abrir la puerta, mis ojos se encontraron con los de Olmo. Que dijo:

—No porque el grillo salte es maromero.

No lo vi hasta Navidad. Publicó mi cuento. Se salió con la suya, extirpándole la mitad de las líneas, qué digo la mitad, las dos terceras partes: mi cuento apenas se veía, ubicado en la sección de misceláneas, pujando por asomar la nariz entre una larga reseña a un libro de autoayuda y una entrevista (también mutilada) a un cantante de flamenco.

Ya en Navidad —lo vi en el Zúrich, cojeaba ligeramente del pie derecho, dijo que había estado en La Habana— no trabajaba en la revista. No quiso explicarme los motivos. Tampoco le pedí responsabilidad por mi cuento: curiosamente, con el paso del tiempo, me había llegado a gustar más la versión publicada que la original. No es que la publicada fuera un compendio perfecto de la original. Era distinta, totalmente distinta, como son distintos los zapatos de la caja que los contiene.

Olmo había envejecido. O rejuvenecido. Era difícil saberlo. Se apretaba al cuello una bufanda color ratón. Dijo que tenía frío, que ahora estaba escribiendo un libro pero que el frío no lo dejaba escribir. Que el calor en La Habana no lo había dejado escribir durante quince años y que aho-

ra era el frío quien se encargaba de la (en sus propias palabras) vil tarea de no dejarlo escribir. Me dijo que, sin embargo, había podido escribir un buen número de cuentos cortos. Y precisó:

—Muy cortos.

—¿Cuán cortos? —le pregunté, viéndolo tiritar enredado en aquella bufanda horrible.

Me extendió algunos de sus cuentos cortos. Los leí, viendo, con asombro, que se parecían a los míos, como si la misma tijera los hubiera cortado.

—Se parecen a los míos —dije sin contemplaciones.

—Yo diría que los suyos se parecen a los míos. Los escribí primero —ripostó.

Hice memoria. En realidad, él hacía constantes referencias a un libro de cuentos cortos cuya escritura finalmente abandonó. Incluso me dio algunos apuntes y bosquejos. Yo, por mi parte, sí le había dado copia de mi libro inédito. También había que tomar en cuenta su singular idea acerca de los accidentes del tiempo y, por tanto, de la literatura. Olmo argumentaba que la literatura era Una Sola y que éramos simplemente los amanuenses de un Dios que nos hacía escribir como esclavos un Único Libro que El dictaba sentado como un pachá².

Vio la impaciencia retratada en mi rostro y repitió solemnemente las palabras de Gertrude Stein:

—En una familia, cualquiera de sus miembros conoce a los demás. En una familia todos los miembros se conocen entre sí. No todos los miembros de una familia saben lo que está haciendo y repitiendo otro de los miembros de esa familia.

No vi más a Olmo. Se rumorea que se fue a México, no a la capital sino a Puebla (tráfico de artesanía), o a Miami, a vivir de unos tíos. Otro compatriota, que informa al consulado cubano sobre el periplo de los escritores cubanos en el exilio, me dijo que Olmo se había divorciado y casado con una bávara. Que la bávara se lo había llevado al sur de

Alemania, a un pueblito donde en las tardes miran caer la nieve, leen los periódicos y empujan un cochecito de niño.

Sin embargo, desconfío de tales informaciones. A veces, paseando por la Rambla, creo distinguir a mi hombre, o siento un cuchicheo en la oreja, como si un ángel me hubiera rozado con un muñón de ala. Cuando me vuelvo, ya no está.

Una vez me dijo:

—Si no estoy, no es que me haya ido. A veces voy y vengo. O vuelo. En el peor de los casos, vuelo.

¿Y en el mejor de los casos? Sabía Dios lo que podía ocurrir con este tipo de hombres en el mejor de los casos.

Historias de Olmo

Olmo no puede pensar

Olmo llega sobresaltado y dice que no puede pensar. Que le han echado una brujería en la puerta de la casa —«¡una gallina muerta con un lacito rojo amarrado a una pata, oh!»— y que no puede pensar. Nadie sabe qué hacer con Olmo que se sostiene la cabeza con las manos y repite todo el tiempo lo mismo: que no puede pensar.

Estado medio

Olmo se despertó y vio que le faltaban los pies. Se había acostado leyendo *La metamorfosis* y ahí tenía: le faltaban los pies. Sus pies, sus pies grandes, talla 45. Pies de siete leguas. Con ellos se había aventurado «en las regiones más bajas de la muerte». Ahora viviría en ese «estado medio» que tanto temía. Vendría su vecina Adela con un pudín de pan. Vendría Lalo con su gato asqueroso. Vendría Tonino con un libro de santo Tomás. Todos a preguntarle por lo mismo: por sus pies. Comiéndose el pudín Olmo diría que los había perdido en la guerra. Eso, se los había llevado un negrito bosquimano. O un serbio. Pero el gato asqueroso de Lalo iría a por sus pies. Un gato olfatea enseguida «en las regiones más bajas de la muerte» e iría a por sus pies. Los traería de vuelta y le diría a Olmo: «He aquí tus pies». Entonces Lalo le diría a Olmo: «Acompáñame al mercado». Y Olmo, poniéndose los pies y saltando de la cama, le diría: «¡Te acompaño al mercado!». Y bajo la luz del sol serían uno, uno solo: él, Lalo y el gato.

Pruebas

Cuenta Olmo:

—«A veces esperas que la realidad se vuelva una lámina. Entonces crees que la tienes. Pero no la tienes. Pues no basta con laminar la realidad. Tampoco basta con que enciendas un cigarro en busca de profundidad. A veces en busca de profundidad se pierde en realidad. Y viceversa. Una vez un filósofo le dijo a otro filósofo que era probable que en la sala donde estaban hubiera un rinoceronte. Que de la realidad podía esperarse cualquier cosa. Que era probable que en la sala donde estaban hubiera un rinoceronte y que no faltarían pruebas para tal aseveración. El otro filósofo le contestó que no había suficientes pruebas para tal aseveración. Que de la realidad no podía esperarse cualquier cosa. Que no había un rinoceronte en la sala donde estaban y que no faltarían pruebas para tal aseveración».

Cuenta Olmo mirando a la profundidad de la sala.

De la soledad de los acontecimientos

Cuenta Olmo:

—«Ningún acontecimiento está solo en el mundo. Verán. El taimado Gordolobo es mi vecino. Si pego el oído puedo sentir a Gordolobo apretarse contra la pared y cantar, con voz espantosa y vestido de campesina bávara, operetas lascivas. Cuando nos cruzamos Gordolobo me sonrío porque sabe que yo sé de su abyecta naturaleza.

Ningún acontecimiento está solo en el mundo, señores. Napoleón veía venir un zorro desde el campo enemigo y sabía que la batalla estaba perdida. Una vez una rata se coló por la cañería de mi apartamento. Gordolobo había conseguido expulsar a los filipinos del entresuelo porque los domingos hacían "curas de risa".

Pues bien, *materia nigra, narratio brevis*. La rata, la rata traída a colación, llevaba en la boca el brazo de un muñeco. ¡Ninguna rata viene del infierno, señores! Y mi rata provenía —¡lo aseguro!—, del piso de los filipinos. Gordolobo tampoco ama a los perros. Ni a las flores. Deja que se sequen en la ventana como una advertencia para todos».

Musiquita

Para Olmo sólo existían dos posibilidades. Ser un cabecita «hueca» o un cabecita «musicalizada». Decía:

—Las mujeres aman a los tontos y a los músicos. Mi primera mujer me dejó por un músico. Me dijo: *Te dejo porque eres un cabecita hueca*. No sabía lo que decía. En realidad, soy un cabecita «musicalizada». En mi cabecita musicalizada suena el mundo de un modo peculiar. Nada rimbombante. Nada a la altura del trombón. Eso sí: notas sueltas. Mi madre me decía: *Me gustaría saber lo que estás pensando*. Hubiera sido mejor preguntar: *Me gustaría saber lo que estás bailando*. Una vez me dijo: *Me gustaría saber lo que estás escribiendo*. Le dije: *Musiquita*. Y creo que me entendió.

Perspectivas

Visto de espaldas Olmo produce la trágica impresión de un acromegálico que mira a la lejanía. Visto de frente: una bola cómica que rueda a ras de los acontecimientos.